

El faro sobre la roca

Autor: A. C. Walton

Nací en un faro durante una noche particularmente tempestuosa.

Gigantescas olas venían a estrellarse ruidosamente contra nuestra morada. De no haber sido firmemente asentado sobre la roca, el faro y cuanto contenía hubiera sido barrido en el océano.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Mi extraña morada.....	3
Una luz en alta mar	8
Un salvamento	13
La pequeña Lily.....	17
Nuestro rayo de sol.....	21
La pregunta del anciano.....	24
Una niebla densa.....	28
Quien espera, desespera.....	32
Un cambio en el faro	36
Un nuevo vecino.....	40
Sobre la roca	44
Se va el rayo de sol	49

Mi extraña morada

Nací en un faro durante una noche particularmente tempestuosa. Gigantescas olas venían a estrellarse ruidosamente contra nuestra morada. De no haber sido firmemente asentado sobre la roca, el faro y cuanto contenía hubiera sido barrido en el océano.

Muchas veces mi abuelo me repetía que nunca, hasta aquel entonces, había presenciado semejante huracán, a pesar de llevar más de 40 años en aquella isla. En esa lóbrega noche –16 de marzo de 1875– naufragaron tres veleros y un vapor, y jamás se volvió a hallar el menor rastro de ellos, ni de sus desgraciados tripulantes y pasajeros. Cuando el viento soplaba con mayor ímpetu y la espuma de las olas casi llegaba hasta nuestras ventanas yo, Alec Morgan (o Alejandro), vine al mundo.

Era una extraña morada. El faro estaba edificado sobre un islote, distante unos seis kilómetros de tierra firme. Detrás de nuestra casa, veíamos la línea grisácea de la costa de Cornualles, en la punta suroeste de Inglaterra. El Atlántico, que nos rodeaba por doquier, estaba a veces tan azul y apacible que difícilmente podía concebirse algo más hermoso. Otras veces, con el cielo ligeramente cubierto, parecía una gigantesca esmeralda vetuada de blanco; también, en ciertas ocasiones, tomaba un tono cenizo que se oscurecía a medida que se acercaba la tempestad y sus olas venían a estrellarse, con un ruido de cañonazo, sobre las rocas que rodeaban nuestro islote.

Este tenía unos 70 metros de largo por 45 de ancho, con una pequeña cala de unos 10 a 12 metros de profundidad en la parte sur. No lejos de la cala, sobre una inmensa roca, cuyos acantilados caían directamente al mar, habían edificado el faro. Cada tarde, tan pronto como se hacía de noche, las grandes linternas del faro se encendían y empezaban a proyectar sus luminosos rayos.

Aún recuerdo cómo, desde mi más tierna infancia, me fascinaban esas linternas. Nunca me cansaba de mirarlas mientras giraban cambiando de colores. Primero salía el rayo blanco, luego el azul, seguido del rojo y del verde; y luego volvía el rayo blanco. El haz finísimo del principio se transformaba en una gruesa estrella por una fracción de segundo, para volver a desaparecer con la misma velocidad: blanco, azul, rojo, verde... Desde lejos los barcos reconocían nuestro faro, y así podían evitar los peligrosos arrecifes (rocas escondidas a flor de agua) tan numerosos en nuestros contornos.

Ustedes habrán adivinado que el torrero, el que cuidaba del faro, era un Morgan; en efecto, mi abuelo David Morgan tenía por misión velar sobre el buen funcionamiento de las linternas, cuidando que estuviesen encendidas a tiempo, que no les faltara el aceite, que no se acabaran las mechas y que el mecanismo de relojería, con sus pesas y cadenas, estuviera siempre a punto. En aquel entonces, aún no habían inventado la bombilla eléctrica.

Mi abuelo era un hombre activo, responsable; su mayor ambición era permanecer en su puesto hasta que yo tuviese suficiente edad para reemplazarle. En mayo de 1888, época en que comienza mi relato, abuelo David tenía 57 años y yo acababa de cumplir trece. Mi abuelo estaba muy orgulloso de mí; aseguraba que pronto sería «un hombre hecho y derecho», y que entonces se apresuraría a hacerme nombrar torrero en su lugar.

A mí, el sitio donde vivíamos me encantaba, y no lo hubiera cambiado por uno de esos palacios orientales cuyo grabado había visto en una guía de viajes. Los que desconocen este género de vida se imaginarán que llevábamos una existencia triste y monótona, por cuanto casi no teníamos visitas, y solo cada dos meses se nos permitía pasar un día en tierra firme. Pero yo era muy feliz y estaba plenamente persuadido de que no había otro lugar en el mundo semejante a nuestra pequeña isla. Solo recordaba haber ido 5 o 6 veces a Falmouth, el puerto más próximo. Es una antigua ciudad de unos 12 mil habitantes, cuya bahía era defendida por dos castillos: el «Pennis» y otro cuyo nombre no logro recordar ahora.

Cuando llegábamos a la ciudad, íbamos en primer lugar a las oficinas del puerto. Luego, hacíamos algunas compras imprescindibles (entre otras, un paquete de dulces que debía durarnos un mes). Y tras almorzar, hacer alguna que otra visita, pasear por unas callejuelas que olían a sardinas y tabaco negro, algo mareados por codearnos con tanta gente, volvíamos a nuestro querido islote. En pleno invierno, con la galerna y el mal tiempo, muchas veces nos era imposible ir en nuestra lancha hasta Falmouth. Pero –lo repito– lo pasábamos bien en nuestro pequeño y reducido reino.

La casa donde vivíamos estaba a unos 15 metros del faro y a unos 10 de la cala, a la que bajábamos por una escalera tallada en la roca. La vivienda era pequeña, de planta baja, pero muy agradable. Sus gruesas paredes estaban pintadas de blanco, la puerta y las ventanas de verde claro. Casi todas sus ventanas daban al mar; por las de delante se veía el faro y la cala; las de atrás nos dejaban ver nuestro pequeño huerto y, a lo lejos, el mar y la costa de Cornualles. Así que, al abrir las ventanas, entraba un aire marino, puro y vivificante, con su típico olor a algas y a mariscos.

Pero, ¡no se vayan a imaginar que vivíamos solos como dos Robinsones! Además de nuestra casa, había otra habitada por el señor Tomás Peters, el otro torrero que trabajaba con mi abuelo, y a quien llamábamos cariñosamente «Tom», o «el tío Tom». Nuestras casas, muy semejantes entre sí, estaban separadas por un amplio patio, parcialmente rodeado de fuertes muros que nos protegían del temible viento del Oeste; el que nos traía la lluvia y la borrasca. Al norte y al este del patio, había dos pequeños huertos. El de los Peters siempre estaba invadido por malas hierbas, porque a Tom no le gustaba trabajar la tierra, ni siquiera para poder disponer de unas cuantas coles, berzas y patatas. En cuanto a su esposa, se comprende que después de atender a seis niños pequeños, no le quedara tiempo ni ganas.

En cambio, con sus flores y hortalizas, nuestro huerto era digno de admiración. Mi abuelo le consagraba todas sus tardes libres y, desde muy temprana edad, me había enseñado a ayudarlo. Ambos estábamos muy orgullosos del huerto y siempre lo teníamos en perfecto estado; no tenía ni una mala hierba. No era de extrañar, pues, que aunque estaba tan cerca del mar, producía las más hermosas hortalizas, las manzanas y peras más sabrosas y aquellas flores lo bastante robustas para soportar el aire salino.

Hacia el centro de la pequeña isla se extendía un prado a donde llevábamos a pastar la vaca y dos cabras que suministraban leche y mantequilla suficientes para nuestras dos familias. La isla estaba bordeada por acantilados. El único acceso a nuestra roca era por la pequeña cala que se abría en el lado sur, al pie del faro. Para proteger su entrada contra las olas y permitir que atracara algún barco, habían levantado un pequeño muelle de unos 10 metros de largo. Allí me encontraban, cada lunes a eso de las 9 de la mañana, para esperar el pequeño vapor que llegaba semanalmente con los suministros y el correo. Era un acontecimiento para todos nosotros, así que, cuando acostaba el barco, mi abuelo, el señor y la señora Peters con casi todos sus hijos también estaban presentes.

Abuelo David no solía recibir muchas cartas, pues no conocía a mucha gente. Pasó la mayor parte de su vida en este islote solitario y, a excepción de algunos marinos y uno que otro tendero de Falmouth, no tenía amigos que le pudieran escribir. Poco a poco, había perdido a todos sus parientes, excepto tal vez mi padre, cuyo paradero ignorábamos por completo. Yo nunca había conocido a mi padre, porque se marchó poco antes de mi nacimiento. A menudo mi abuelo me hablaba de él, afirmando que era un fuerte y valiente marinero:

—Alec, tu padre es un Morgan de tomo y lomo; un verdadero lobo de mar. Por muy altas que sean, no hay olas que le asusten, ni temporal que le amedrente... Lo malo es que hace tanto tiempo que no tengo la menor noticia de él. —Y al decir estas palabras se volvía triste y soñador.

Aun recordaba perfectamente cómo ocurrió: un día de octubre de 1874, mi padre le trajo a mi madre a nuestra isla, porque le habían contratado con muy buenas condiciones, para un largo viaje por Extremo Oriente.

—Muy lejos, sabes, Alec. Allá por la China o el Japón...

—¿Cuán lejos, abuelo?

—Qué sé yo... ¡como más de mil veces de aquí a Falmouth! —y pronunciaba sus palabras con grandes gestos.

A los pocos días, mi padre salió de la isla con el mismo vapor que atracaba cada lunes. Abuelo David y mi madre se quedaron en el muelle hasta que el barco se perdió de vista; agitaron sus pañuelos mientras veían una débil columna de humo en el horizonte.

Muchas veces el abuelo me contó cuán joven y cuán encantadora le pareció mi madre aquella soledad mañana de otoño. Mi padre prometió escribir pronto; una semana más tarde recibimos su carta en la cual nos decía que se había embarcado en el «Star of Orient» (La Estrella de Oriente), con rumbo a la lejanísima China. Pero, desde aquel entonces, nunca más tuvimos noticias suyas.

Cada lunes por la mañana, mi madre era la primera en esperar el vapor correo, al final del muelle; pero, cada vez volvía decepcionada: «¡Lo siento, señora de Morgan, no hay carta para usted!». Tuvo que oír esa desgarradora respuesta más de 200 veces a lo largo de 4 años.

Poco a poco, su paso se hizo más lento; empezó a adelgazar y su cara —siempre sonrosada— se volvió pálida. Pronto le faltaron las fuerzas para llegar cada lunes hasta el muelle, y al poco tiempo, era yo huérfano.

Desde entonces, mi querido abuelo hizo las veces de padre y madre para mí. Nada le parecía demasiado cuando se trataba de mi bien y dondequiera que él fuese, allá estaba yo. Él me enseñó a leer y a escribir, porque naturalmente, no podía ir a la escuela. Asimismo me enseñó a limpiar las linternas del faro y a cuidar el huerto. Así transcurrió nuestra vida de modo uniforme, como las aguas de un lento y caudaloso río, hasta que tuve trece años. A veces tenía el repentino deseo de que algo inesperado surgiera y viniera a romper la monotonía de nuestra existencia sobre la isla.

¡Y este cambio ocurrió muy pronto!

Una luz en alta mar

Ya estábamos en noviembre otra vez; los días se acortaban rápidamente. Allá por Cornualles, la noche cae muy pronto en invierno; a las cinco de la tarde ya es noche cerrada, mayormente cuando hay tiempo lluvioso. A eso de las seis y media, estábamos cenando el abuelo y yo, según nuestra costumbre. Durante la mañana habíamos cavado en el huerto, limpiándole de plantas y de hojas secas; por la tarde, unos densos nubarrones del Atlántico habían traído una lluvia pertinaz que nos obligó a quedarnos en casa. Habíamos encendido la estufa, y daba gusto estar bien resguardado en la habitación que nos servía de cocina y de comedor. La lluvia no dejaba de golpear contra los cristales.

Hablábamos tranquilamente, haciendo nuestros planes para el trabajo del día siguiente, cuando la puerta se abrió bruscamente y asomó la cabeza de Tom Peters.

—¡David! —gritó a mi abuelo—, ¡David! ¡Venga corriendo! ¡Mire por allá!

Nos precipitamos hacia la puerta para mirar en la dirección que nos señalaba. Allá por el Norte, vimos una luz muy brillante, entre amarilla y naranja, la que iluminó durante breves instantes el cielo encapotado y luego se apagó completamente.

—¿Qué puede ser, abuelo? —le pregunté.

Pero no me contestó.

—No hay ni un minuto que perder, Tom. ¡Pronto, botemos la lancha!

—¡Morgan, pero si el mar está enfurecido! —respondió, mirando las enormes olas que venían a estrellarse contra el acantilado.

—Poco importa, Tom; debemos hacer lo imposible para salvar a esa pobre gente.

Tras una leve vacilación, Tom bajó corriendo con mi abuelo hacia la pequeña playa de guijarros que se extendía al fondo de la cala; yo seguí tras ellos.

—¿Qué pasa, abuelo? —volví a preguntarle.

—Hay un barco en peligro; y siempre que esto ocurre, disparan cohetes luminosos para pedir ayuda.

—¿Vas a ir, abuelo?

—¡Desde luego! Iremos si logramos botar la lancha.

—¿Estás listo, Tom?

—Déjame ir con vosotros, abuelo —le supliqué. Tal vez os sea útil.

—Bien, hijo mío. Intentaremos botar la lancha.

Aún recuerdo esta escena como si hubiese sucedido ayer. Mi abuelo y Peters aunaban sus esfuerzos para salir de la cala y remar contra las temibles olas, mientras yo, agarrado a mi asiento para no ser arrojado al mar, hacía todo lo posible para mantener el timón. Aún veo a la pobre señora de Peters, mirándonos angustiada, con dos de sus niñas agarradas a sus faldas. Aún me parece oír el impresionante ruido de las olas que iban elevándose cada vez más, amenazando tragarnos a cada instante. Y sobre todo me acuerdo de la expresión profundamente contrariada de mi abuelo cuando, después de muchos esfuerzos inútiles, tuvo que renunciar a su empresa.

—¡Es inútil, Tom! —dijo por fin con un suspiro de desaliento—; ¡no podemos luchar solos contra semejante mar!

Con mucha dificultad volvimos a la playa y, después de amarrar sólidamente la lancha, subimos hasta la casa de Peters desde donde habíamos visto aquel cohete luminoso. Pero, por más que estuvimos mirando, ninguna señal vino a rasgar las profundas tinieblas.

Las linternas del faro, que habíamos encendido dos horas antes, brillaban con toda su intensidad, proyectando sus rayos luminosos sobre las aguas desencadenadas del Atlántico: blanco, azul, rojo, verde. Y tras una breve pausa, volvían en su ronda incansable: blanco, azul, rojo, verde... Era imposible que el barco en dificultades no hubiera visto nuestro faro. El viento y el frío de la noche me hacían titiritar. Abuelo David se dio cuenta de ello, y me llevó a casa:

—Vamos a cambiarnos de ropa inmediatamente.

En efecto, estábamos empapados de los pies a la cabeza, y al quedarnos afuera, solo habiéramos agarrado una bronconeumonía. Tomás Peters, quien debía prestar guardia, también mudo su ropa; luego subió a la torre. Un cuarto de hora después, con ropa seca y reavivados con dos tazones de té que nos tomamos casi hirviendo, subíamos detrás de Tom. Desde arriba se divisaba ampliamente el panorama; pero, en una noche como esa, nada podíamos distinguir. Afuera todo parecía como un inmenso abismo negro. Sobre el pequeño balcón de hierro que rodeaba las vidrieras, el viento corría como un loco, aullando sin cesar. Se oía crujir toda la torre; instintivamente recuerdo lo que el abuelo me dijo en semejante ocasión:

—¡No temas, grumetillo! ¡Está edificado sobre la roca!

Y en efecto, de no haber tenido semejantes cimientos, hace tiempo que algún huracán lo hubiera tumbado. A veces, parecía como si algún dedo invisible llamara a la ventana. Era alguna gaviota u otra ave nocturna que, atraída por la luz y empujada por el viento, venía a estrellarse contra el cristal. Dentro, cerca de la linterna caliente y resplandeciente, solo se oía el chisporroteo de la llama, el ruido del aceite que goteaba y el de la cadena que iba desgranándose. Seguíamos con la mirada fija hacia el Norte.

—¿No podríamos hacer algo por esa gente?

—Me temo que no. ¡Es imposible luchar contra semejantes elementos! Más adelante, si el mar se calma un poco, lo intentaremos nuevamente; pero ahora, nadie puede...

Pero el mar enfurecido no se calmaba; así estuvimos mirando y paseándonos alrededor de las linternas por espacio de dos horas.

De repente, desde el mismo sitio donde habíamos visto el anterior salió otro cohete luminoso.

—¡Otra señal! —exclamó mi abuelo. Luego añadió:

—¡Pobre gente; me pregunto cuántos serán!

—¿No habría algún medio de intervenir?

—No, muchacho. El mar lo hace imposible. ¡Qué borrasca más horrible! Esto me recuerda el día de tu nacimiento.

Así seguía transcurriendo la noche. A las doce, abuelo David tomó el relevo de Tom; yo bajé con él para preparar té y unos bocadillos para el abuelo y se los llevé.

—¿Hay algo nuevo, abuelo?

—Hasta ahora, nada.

Pasaban las horas. Ni siquiera se me ocurrió ir a descansar. De pronto vimos otro cohete, y al cuarto de hora otro, y así sucesivamente hasta seis; luego, no vimos nada más.

—¡Pobre gente! —observó mi abuelo—, habrán agotado su reserva de cohetes.

—Y ¿qué les habrá pasado? ¿Hay arrecifes por este lado? —le pregunté.

—Sí, hay los escollos de Lizard. Es un sitio particularmente peligroso donde ya hubo varios naufragios.

Al amanecer nuestros ojos lograron distinguir, a lo lejos, los mástiles de un barco.

–¡Mira, allí está! –dijo mi abuelo–. Ocurrió lo que me figuraba: se estrelló contra los escollos de Lizard.

–Parece que disminuyó el viento, ¿verdad?

–Tienes razón, Alec, y creo que el mar está sosegándose un poco. Pronto, vamos a llamar a Tom.

Bajé corriendo mientras abuelo David apagaba las linternas y paraba el mecanismo del faro. Tomás Peters se apresuró a reunirse con nosotros en la cala, llevando al hombro un rollo de cordel.

–Muy bien, Tom, –le dijo mi abuelo–. Rápido; creo que esta vez lograremos salir. Saltamos a la lancha e intentamos alejarla de la costa. La lucha empezó al querer salir de la cala.

–¡Ánimo, Tom! –le gritaba mi abuelo–, ¡piensa en toda esa gente que necesita ayuda! ¡Probemos otra vez!

Hicieron un nuevo esfuerzo, y la lancha, poco a poco, logró salir de la cala. Pero nos acechaba otro peligro: al dar un rodeo por el sur del islote, recibimos todo el ataque de las olas que venían del Suroeste y que amenazaban estrellarnos contra el acantilado. Fue un momento horroroso aunque breve, por suerte nuestra. Pronto tuvimos las olas a nuestras espaldas y, al doblar la punta sureste, estuvimos resguardados del viento durante el recorrido de unos 60 metros.

–¡Cuidado! agarra bien el timón, mozalbete... –me gritó abuelo David.

En efecto, al perder la protección que nos ofrecía la isla, volvimos a ser furiosamente embestidos por las olas del Atlántico. No sé por qué, pero en aquellos instantes, me acordé de un pasaje leído en un grueso tomo encuadernado, que teníamos en lo alto de la biblioteca:

*«Los que descienden al mar en naves...
ellos han visto las obras del Señor,
Y sus maravillas en las profundidades.
Porque habló, e hizo levantar un viento tempestuoso,
Que encrespa sus ondas.
Suben a los cielos, descienden a los abismos;*

*Sus almas se derriten con el mal.
Tiemblan y titubean como ebrios,
Y toda su ciencia es inútil...».*

Fue precisamente lo que nos aconteció; unas veces estábamos en equilibrio en lo alto de una onda gigantesca, y segundos después nos hallábamos en el fondo de un embudo, rodeados por murallas de agua que amenazaban derrumbarse sobre nosotros. A pesar de su valor, ¿tendrían abuelo y Tomás suficiente fuerza para llegar hasta el barco?

Al poco rato, vi un objeto negro y alargado que subía y bajaba con las olas. Lo señalé a mis compañeros, mientras me esforzaba en gritarles:

—¡He! ¿qué es eso?

—Debe ser el esquife del barco —contestó Tom.

Un salvamento

Efectivamente, lo que había visto era un bote salvavidas, pero vuelto al revés. Un momento más tarde, pasamos tan cerca de él que casi hubiera podido tocarlo con la mano.

–Han perdido su esquife –gritó mi abuelo–. ¡Ánimo, Tom! ¡Hay que llegar hasta el barco!

Se me ocurrió pensar en los posibles tripulantes del bote; ¿habrían perecido por estar el esquife repleto de gente que intentaba desesperadamente salvarse, o bien, lo arrastraron las olas cuando intentaban botarlo? Quise preguntárselo a Tomás o al abuelo, pero el viento no nos permitía entablar una conversación; además, estaban absortos por su dura tarea de remar y tenían la cara mojada tanto por el sudor como por el agua del mar. Abuelo David animaba a Tom, quien no era muy fuerte y daba señales de agotamiento.

Al acercarnos al barco, vimos que era bastante grande; tenía la proa encallada en unas rocas y la popa, agrietada ya, estaba abriéndose lentamente bajo la fuerza de las olas. Mucha gente, con evidentes muestras de agitación, caminaba de un lado a otro sobre la cubierta.

Abuelo David y Peters redoblaron sus esfuerzos; por fin llegamos tan cerca del navío zozobrado que pudimos haber hablado con los náufragos si el viento no hubiera rugido tan fuerte. Hacía rato que nos habían visto y se apiñaban a lo largo de la barandilla. Varias veces intentamos colocarnos junto al casco averiado, pero cada vez las olas nos empujaban más lejos. Por fin los marineros nos largaron una maroma que intenté agarrar, pero que se me escapó. Lo intentaron nuevamente y logré asirme de ella y darla al abuelo, quien la ató sólidamente a nuestra lancha.

–¡Ánimo, Tom! –gritó–, ¡a algunos podremos salvar!

¡Cómo latía mi corazón al ver a esos hombres y mujeres apiñándose ansiosamente en aquella parte de la cubierta donde estaba amarrada la cuerda! Atento a la maniobra, me había colocado cerca del abuelo y le oí exclamar:

–¡Lástima que no podemos llevarlos a todos! Habrá que cortar la maroma tan pronto como la lancha esté llena, si no...

Me estremecí pensando en aquella pobre gente que tendríamos que dejar. Nos habíamos ubicado lo más cerca posible del barco para que los náufragos pudiesen aprovechar un momento de relativa calma entre dos olas, y se agarraran a la maroma para así caer en nuestra lancha.

–¡Cuidado, Tom! –gritó mi abuelo–, aquí viene el primero!

Un hombre se acercó a la cuerda, llevando en brazos lo que parecía ser un bulto grande. Nos miramos intrigados. ¿Alguien quería salvar primero su fortuna? ¿No había que dar preferencia a las personas? Escogió el buen momento para arrojar el bulto. Mi abuelo lo recogió y miró algo extraño:

—¡Un niño, Alec! —me dijo—, colócale a tu lado y cuídale...

Le coloqué a mis pies y lo tapé cuidadosamente con un hule, mientras abuelo David clamó: —¡Otro! ¡Apresúrense!

Hubo que evitar otra ola grande que hizo crujir espantosamente el navío y nos lanzó a unos 20 metros de distancia; mas, agarrándonos de la maroma, pronto volvimos a estar al lado del navío.

—Vamos, ¡pronto!

Lograron bajar a una señora de unos cincuenta años, a quien estaba acomodando frente a mí, cuando Peters agarró a mi abuelo del brazo gritando:

—¡Cuidado!

Una gigantesca ola, mayor que todas las que había visto hasta entonces se lanzaba sobre nosotros; un momento más y nos habría aplastado contra el casco del navío. De un hachazo, abuelo cortó la maroma, y solo tuvimos tiempo para dejarnos arrastrar por la corriente antes de que la ola cayese sobre nosotros.

Fue como un trueno espantoso, indescriptible; apenas podía respirar, casi ahogado por el agua y sobrecogido de terror. Aún no me explico cómo no nos volcamos o cómo los remolinos no nos hicieron naufragar. Tan pronto como pasó el peligro, clamó mi abuelo:

—¡Hay que ir por otros!

Mirábamos en derredor nuestro, pero... ¡ya no estaba el navío! Había desaparecido como se disipa un sueño al despertar. Esa gigantesca ola lo había destruido completamente, esparciéndole en miles de fragmentos y astillas. No se veía ningún ser viviente, pero el océano estaba cubierto de trozos del navío que flotaban por doquier.

La tromba de agua nos había lanzado a varios centenares de metros de allí; de modo que tardamos algún tiempo, remando en contra de las olas y del viento, para volver al lugar del siniestro, cerca de las peligrosas rocas de Lizard. Además, por el creciente cansancio de los remeros, tarda-

mos más de lo normal y cuando logramos regresar, ya era demasiado tarde para salvar a alguien. Tal vez la mayoría había sido arrastrada por el remolino que hizo el navío al hundirse, y los pocos que pudieron salir a la superficie, fueron tragados por las aguas antes de que llegáramos.

Al ver la magnitud del desastre, la señora que habíamos rescatado lanzó un grito desgarrador, como un alarido de muerte, y se levantó con el ademán de lanzarse a las aguas heladas del Atlántico. A duras penas, y tras forcejear un rato, Tomás y yo pudimos sujetarla, mientras la oíamos gritar palabras incoherentes. Poco más adelante, intentó incorporarse otra vez, pero viendo que sus esfuerzos eran inútiles, optó por quedarse postrada en el fondo de la lancha.

Durante cerca de una hora estuvimos aún luchando contra el viento y las olas, con la vaga esperanza de rescatar a algún superviviente; pero en vano. Al fin, aunque la tempestad se había calmado un poco, tuvimos que poner fin a la búsqueda y dirigirnos hacia nuestro islote.

Todos habían perecido, a excepción de aquella mujer y del niño que estaba tumbado a mis pies. A veces le oía llorar, pero estaba tan sólidamente atado con una gruesa manta y recubierto con una tela de hule, que no podía verle ni consolarle.

Tuvimos muchas dificultades para regresar a casa. Era menos duro que a la ida, porque en vez de tener que luchar contra el viento, lo teníamos casi en popa; pero el peligro no había desaparecido aún. Después que nos hubimos alejado de los escollos de Lizard, aquella pobre mujer quiso por dos veces lanzarse al agua, chillando de modo horrible. No parecía ser la madre del niño; habría perdido en el naufragio uno o varios seres queridos. Aquellas escenas, huelga decirlo, nos partían el corazón.

Yo tenía los ojos clavados en el faro que ya se divisaba a lo lejos y, agarrado al timón, me esforzaba en mantener el rumbo hacia él. A pesar de su agotamiento, abuelo y Tomás hacían un último esfuerzo para llegar al puerto seguro. ¡Cuánta no fue mi alegría al ver que la distancia iba disminuyendo! Al principio, solo se veía la torre muy pequeña y no se distinguía la base rocosa, mayormente a causa de las ondas que subían y bajaban, blancas de espuma. Pero pronto estuvo a unos 500 metros; luego a 300, y por fin vimos la silueta oscura de la esposa de Tomás que nos esperaba ansiosamente.

Diez minutos más tarde —que me parecieron diez años— un duro golpe nos advirtió que nuestra lancha había encallado en suelo de guijarros de la playa.

–¿Habéis salvado a alguien? –preguntó la señora de Peters, mientras estrechaba a su esposo en sus brazos. Vio entonces, en el fondo de la lancha, a la mujer que parecía desmayada.

–Nadie más que a esa señora y un niño –contestó tristemente abuelo David–. ¡Nadie más! Pero hicimos todo cuanto pudimos. Abuelo estaba verdaderamente abrumado.

María Peters tomó a la pobre señora del brazo, seguida por el abuelo con las cuerdas al hombro, y Tom que llevaba los remos. Cerraba yo la marcha con mi precioso bulto en los brazos. Ya no lloraba el niño; tal vez, vencido por el cansancio y por las emociones se había dormido. Tía María quiso llevarle y abrir la manta, pero mi abuelo le dijo:

–Espera un poco, María, hace demasiado frío aquí.

Subimos por la escalerilla labrada en la roca, atravesamos el patio y enseguida estuvimos en nuestra cocina, donde la esposa de Tom había mantenido una buena lumbre. Hicimos sentar alrededor de ella a la pobre señora que permanecía atontada y sin poder pronunciar palabra, y desatamos la manta del niño, sólidamente envuelta alrededor de su cuerpo, excepto por arriba. Podía respirar por aquel hueco por donde veíamos una pequeña nariz y dos ojos cerrados. María Peters lo puso sobre la mesa y quitó rápidamente la manta.

–¡Vaya! ¡Pero si es una niña! ¡que Dios la bendiga!

–Sí –contestó mi abuelo–, es una morenita encantadora.

Y al oír las voces, se despertó.

En eso, miré instintivamente el reloj de pared que colgaba delante de mí; marcaba la una y media de la tarde. Habíamos pasado más de cinco horas en alta mar.

La pequeña Lily

Nunca había visto una niña más bonita. Su cabello era color castaño tirando a claro, sus mejillas sonrosadas y regordetas, y tenía unos hermosos ojos azules. Acabó de despertarse mientras la contemplábamos, y tras mirarnos a todos con extrañeza, rompió a llorar, gritando desesperadamente:

—¡Mamá! ¡Mamá!

De modo que aquella infeliz mujer no era su madre.

—Mira, ¿no conoces a esta señora?

Se calló por un instante, fijó la mirada en ella, sacudió su cabeza en forma negativa y siguió llorando desconsoladamente:

—¡Mamá! ¡quiero a mi mamá!

—¡Pobrecita! —exclamó María Peters, quien no podía contener sus propias lágrimas.

Entonces abuelo David tomó a la niña, la puso sobre mis rodillas y dijo:

—¡Oiga, María! Tenga la bondad de prepararnos una sopa caliente; pues no nos vendría mal. La chica está helada y hambrienta y nosotros no estamos en mejores condiciones. Mientras tanto, nos cambiaremos de ropa. Tía María se llevó a la pobre señora que la siguió atontada y sin proferir palabra. Después de cuidarla y asegurarse de que sus hijos estaban bien, volvió con legumbres, patatas y fiambres. Mientras la habitación se llenaba de gratos olores, me senté cerca de la lumbre con la niña sobre mis piernas. Era una chica sana y fuerte que aparentaba tener de unos dos y medio a tres años de edad. Ya no lloraba y me miraba sin temor alguno; pero tan pronto como otra persona se acercaba, escondía su carita contra mi hombro.

La tía María, siempre activa, trajo un tazón de leche humeante y unas cuantas rebanadas de pan untado con mantequilla, y me dejó que diera de comer a la chiquilla. Parecía muy cansada, pues a duras penas mantenía los ojos abiertos.

—¡Pobrecita! —exclamó mi abuelo—, me figuro que la habrían despertado para llevarla a la cubierta. Hay que acostarla.

—En cuanto termine con la comida, me la llevaré —dijo tía María—. La acostaré en la cama de mi Jenny y dormiré muy bien.

Pero cuando la señora Peters quiso llevársela, la chiquilla empezó a gritar y se me agarró tan fuerte, que el abuelo observó:

—Más vale dejarla, ya que prefiere quedarse con Alec.

Así que le hicimos una camita sobre el sofá donde la esposa de Tom la acostó, después de asearla un poco. Pronto cerró los ojos, pero al poco rato los volvió a abrir como para asegurarse si yo estaba cerca de ella; extendió su brazo hacia mí, diciéndome:

—Toma mano de Lily.

Poco después, dormía profunda y sosegadamente. Me quedé largo tiempo sentado al lado del sofá y conservando su mano caliente en la mía por temor a despertarla.

—Me pregunto quién será —dijo María Peters en voz baja mientras doblaba cuidadosamente la ropa de la niña—. ¡Qué tela más rica! Se ve que la chica ha sido bien cuidada. Toma, hay algo escrito en el forro del abrigo. Mira si puedes leer, Alec.

Con sumo cuidado coloqué la mano sobre la manta y tomando el abrigo, me acerqué a la ventana para ver mejor.

—Sí, hay algo escrito —dije—, vamos a ver: Vi... Villi... Villiers; sí, me parece que debe ser su apellido.

—¡Pobrecita! —volvió a exclamar María Peters—. ¡Y pensar que sus padres están en el fondo del mar! ¡Si fuera nuestra Jenny!

Y empezó a sollozar. Luego para que su llanto no molestara a la niña, pretextó tener que volver a casa para cuidar a sus hijos y a la extraña náufraga.

Abuelo David, muerto de cansancio por los acontecimientos de la noche anterior y de esa mañana, se fue a descansar; yo quise quedarme al lado de la chiquilla, sintiendo que ya no tenía ánimo para dejarla sola por un solo instante.

—¡Qué bien duerme! —me dije—, pobrecita, no se da cuenta de su desgracia!

Yo también estaba muerto de cansancio, pues no había dormido en las últimas 24 horas. Me pesaba la cabeza y, por más esfuerzos que hacía, iba cayendo sobre mi pecho o sobre mi hombro izquierdo. Al poco rato, apoyé el brazo sobre el sofá y me quedé profundamente dormido. Desperté no sé cuántas horas más tarde, al sentir que me daban unos fuertes tirones de pelo y una vocecita aguda me gritaba en los oídos:

–¡A levantar Lily! ¡A levantar!

Abrí los ojos aún cargados de sueño e iba a enfadarme cuando vi la más encantadora cara del mundo que me miraba sonriendo.

–¡Levantar! ¡A levantar Lily!

Fui corriendo a buscar a María Peters para que vistiera a la chiquilla. Hacía un hermoso atardecer y el sol lucía donde pocas horas antes rugía la tempestad. Me apresuré a preparar la cena. Mientras tanto la chiquilla me miraba, correteando en derredor mío y pareciendo del todo feliz.

Abuelo David aún dormía y no quise despertarle. María Peters nos trajo sopa de guisantes que había preparado para la chica y empezamos a cenar. Quería darle de comer como hice a medio-día, pero ella exclamó:

–¡Yo sola! ¡Lily come sola!

Y agarrando la cuchara, comió tan limpiamente que no me cansaba de mirarla, olvidando casi mi propia cena.

–¡Que Dios la bendiga! –dijo María Peters.

–¡El Señor te bendiga! –contestó la niña.

Por lo visto, estaba acostumbrada a oír estas palabras en su casa, de boca de su madre. Cuando hubo terminado de comer, se bajó de la silla, fue directamente a tomar su abrigo que se había quedado sobre el sofá, y se dirigió hacia la puerta diciendo:

–¡A pasear! ¡Lily quiere pasear!

Aunque era un poco tarde, ante su insistencia tía María me dijo:

–Alec, llévala un poco afuera; aún no es de noche. Pero ten mucho cuidado de que no tome frío.

Luego, con gran alegría para la niña, le pusimos su abrigo y su capucha, y salí a dar una vuelta con ella.

Estábamos ya a media luz, allá en el poniente, del lado de América, unas nubes negras con forma de caballos o de dragones se estiraban lentamente.

–¡Mira qué bonito, niño! –me dijo Lily—. Ven, vamos a jugar.

Y se fue corriendo hacia el huerto. Nunca vi una chiquilla tan alegre. De repente, se quedó admirada al ver brotar unos rayos de luz encima de su cabeza.

–Oh, ¡qué luces más grandes!

Era, evidentemente, el faro que Tomás Peters acababa de encender y de poner en movimiento; nos salpicaba de blanco, rojo, azul y verde...

Nuestro rayo de sol

Abuelo David y Tom Peters estaban sentados cerca de la lumbre en la pequeña habitación que había arriba del faro, y yo estaba a su lado con la pequeña en mis piernas. Rebuscando en la casa, había encontrado un viejo libro lleno de grabados que la divertía mucho; debía ser del tiempo de Napoleón; Lily lo hojeaba haciendo de vez en cuando unas observaciones cómicas e ingenuas.

–Pues –dijo Tomás de repente–, ¿qué vamos a hacer con ella?

–En verdad, ¿qué haremos con ella? –preguntó abuelo David, acariciándole su morena cabeza–; ¡muy sencillo! la conservaremos con nosotros, ¿verdad, querida?

–Sí –contestó la pequeña, levantando sus ojos y moviendo su cabeza como si entendiera de qué se trataba.

–Sin embargo, tendremos que averiguar quiénes son sus padres –continuó Tomás–, debe tener parientes...

–Sí, pero ¿cómo hallarlos?

–Podremos preguntarlo al capitán Sayers cuando venga el lunes; le informaremos acerca del navío que naufragó; luego habrá que escribir a los dueños del barco; ellos siempre llevan una lista de los pasajeros.

–Tal vez es la mejor solución, Tomás; ya veremos lo que nos dicen. Pero, si los que cuidaban a la niña... (aquí bajó la voz) están en el fondo del mar, creo que nadie más puede venir a quitárnosla.

–Si no tuviera tantos... –comentó Tomás.

–Sí, sí, ya lo sé –le interrumpió mi abuelo–, tu casa está más que llena. La chiquilla puede quedarse con Alec y conmigo. Será una amable compañera para nosotros; y si María tiene la bondad de ocuparse de su ropa y de las demás cosas que son más propias de ella que de nosotros, creo que será perfecto.

–Sí, sí, lo hará con mucho gusto, porque se conmueve cada vez que habla de esa chica.

Abuelo David siguió el consejo de Tomás y cuando el capitán Sayers atracó el lunes siguiente, abuelo le puso al corriente del naufragio al tiempo que le entregaba un informe del mismo. La señora náufraga fue embarcada en el vapor. No había recuperado el habla desde aquel terrible suceso; por lo tanto, nada pudo explicarnos. Así pues, no quedaba más que esperar que el capitán Sayers hiciese las investigaciones pertinentes y nos trajera noticias al respecto.

Yo deseaba ardientemente que nadie viniese a reclamar nuestro pequeño tesoro. La quería cada día más, y se me hubiera partido el corazón el haber tenido que separarme de ella. Cada noche, cuando María Peters la acostaba y mientras yo estaba al lado de su cama, ella ponía las manos juntas para «hablar a Dios», como decía. Por lo visto, su madre le había enseñado a orar, porque la primera noche, ella misma había empezado a decir: «Dios mío, guárdame y bendice a todos los que quiero...»; luego se había callado y parecía esperar a que se le ayudara a terminar su oración. Desde entonces, repetía después de mí las palabras que yo le iba diciendo.

Al principio no me fue fácil, pues hasta aquel entonces no había orado. Tal vez en tiempos de mi madre –quien, según decía abuelo David, era «una santa mujer»– había aprendido a repetir cierta oración; pero hacía tanto tiempo que ya no me acordaba. Por lo demás, abuelo David no me había enseñado a orar, porque él nunca lo hacía. Pero, recordaba algo de lo que María Peters decía a sus hijas y, viendo a la pequeña Lily, pensé que seguramente mi madre también me habría enseñado a orar si yo hubiera tenido la suerte de conservarla.

Tampoco sabía gran cosa acerca de la Biblia; mi abuelo no solía leerla y ella estaba siempre colocada en la parte superior de una pequeña estantería donde guardábamos unas conchas de mar, una bolita de cristal en la que «nevaba» cuando se le daba la vuelta, y unos cuantos libros de Carlos Dickens y Walter Scott. Por mera curiosidad, había abierto varias veces la Biblia y leído unos cuantos pasajes, como aquel que recordé durante el naufragio. Unos me gustaban, mas otros no los entendía. El domingo era para nosotros un día cualquiera; no teníamos templo adonde ir, ni había nada de particular que señalara el día del Señor.

Muchas veces me acordé de aquel terrible día durante el cual fuimos a socorrer al barco en peligro. Si nuestra lancha hubiese naufragado y nos hubiésemos ahogado, ¿qué hubiera sido de nuestras almas? Es muy solemne pensar en ello, y jamás nos cansaremos de agradecer a Dios por haber salvado nuestras vidas. Mi abuelo era un hombre honorable, buena persona y lleno de afecto; pero ahora sé que eso no le bastaba para ir al cielo. Jesucristo es el único camino, y esto lo ignoraba abuelo David.

La pequeña Lily vino a ser mi compañera de cada hora; que estuviera yo en casa o recorriendo los escasos parajes de la isla, siempre estaba a mi lado. No se amañaba con los niños de Tomás Peters, bastante bullangueros por cierto, mientras que a mí no me dejaba a sol ni a sombra. No pasaba día en que no aprendiera nuevas palabras y que no nos hiciera reír a todos con sus gracias. Su mayor placer era agarrar un libro para ir buscando en él las letras que conocía perfectamente, aunque todavía no hablaba muy claro.

Pronto se hizo querer. Aún me parece verla sentada a mis pies, sobre una roca al borde del mar, llamándome a cada momento para que viera una «A» o una «O» que había descubierto.

Así pasaban los días y temíamos cada vez más el recibir una respuesta a la carta que mi abuelo había escrito a los dueños del «Victory», pues así se llamaba el barco que naufragó.

Llovía sin cesar aquel lunes en que llegó finalmente la respuesta. Había salido varias veces para ver si llegaba el vapor del capitán Sayers; luego fui a esperarle en el muelle, de modo que estaba mojado hasta los huesos cuando por fin atracó el barco. Tan pronto como llegó, el capitán me entregó la tan esperada carta y fui corriendo a llevársela a abuelo David, sin esperar a que desembarcaran todas las vituallas.

Cuando llegué a casa, Lily estaba sentada en un pequeño taburete a los pies del abuelo y se divertía jugando con un trozo de bramante; al verme, corrió hacia mí tendiéndome su carita sonrosada para recibir un beso.

¿Sería esta carta portadora de malas noticias? ¡Quién sabe si en ella se nos dijera que nos venían a quitar a la niña! Apenas podía respirar mientras mi abuelo abría la carta.

Era una contestación muy cortés de los dueños del barco, agradeciéndonos el esfuerzo hecho para salvar la tripulación y los pasajeros, y también comunicándonos que no sabían nada en absoluto acerca de la niña, ya que ningún pasajero, ni marinero respondía al apellido de Villiers, ni tampoco estaba inscrito en sus registros. Añadían que proseguirían sus investigaciones en Calcuta, de donde había salido el «Victory» y que, mientras tanto, pedían a mi abuelo que cuidara de la niña. Le aseguraban que sería ampliamente recompensado.

—¡Qué bien! —exclamé, con un suspiro de alivio, cuando abuelo David terminó de leer en voz alta la carta—. ¡Así, de momento no nos la quitarán!

¡No! —contestó él—, ¡pobrecita! difícilmente podríamos separarnos de ella. ¡Pero no quiero que me recompensen! ¡He aquí mi mejor recompensa! —añadió, poniendo a la sonriente chiquilla en sus rodillas y dándole un beso en la frente.

La pregunta del anciano

El lunes por la mañana, como hacía buen tiempo, Lily me acompañó para presenciar la llegada del vapor. Llevaba en sus brazos una muñeca de trapo con pelos de rubia estopa que la «tía María» le había regalado y de la que estaba muy orgullosa.

Tan pronto como me vio el capitán Sayers, me hizo una señal con la mano para que me acercara, y me dijo que dos señores habían venido para ver a mi abuelo. Instintivamente, apreté la mano de Lily en la mía, porque me figuraba que estos señores venían por ella.

Minutos más tarde desembarcaron. Uno de ellos era un caballero de unos cuarenta años, de porte y cara distinguidos. Me dijo que venía para hablar con don David Morgan y me pidió que le indicara dónde vivía.

—Don David es mi abuelo, señor —le contesté—; vamos, le llevaré a casa.

Lily y yo caminamos delante; subimos la escalera tallada en la roca y en unos cuantos pasos llegamos a la entrada de nuestra casa.

El otro señor ya era de cierta edad, su cabello era canoso, llevaba gafas y tenía una cara muy amable. Como Lily no tenía mucha prisa y se paraba a cada instante para recoger piedras de colores o algunas flores, la había tomado en brazos para adelantar.

—¿Es tu hermanita? —me preguntó el anciano.

—No señor, es la chiquilla que rescatamos del «Victory».

—¡Vaya, vaya! Déjame que la vea —me dijo ajustándose las gafas.

Pero Lily estaba intimidada y, escondiendo su cabeza en mi hombro, rompió a llorar.

—Bueno, no llores —dijo el anciano—, ya hablaremos luego.

Mientras tanto, entramos en casa y el visitante más joven se nos presentó como el señor Foster, uno de los dueños del barco naufragado; estaba acompañado por su suegro el señor Benson y venían para informarse personalmente acerca del naufragio del «Victory».

Abuelo David los invitó a tomar asiento, y yo fui a prepararles una taza de té; eran muy amables. Mientras hervía la tetera, hicieron un montón de preguntas a mi abuelo. También mandaron llamar a Tom Peters, quien pudo confirmar lo que les decía don David Morgan. El señor Foster

quiso ofrecerles un hermoso regalo en agradecimiento por todo cuanto habían hecho; pero ni el abuelo ni Tom quisieron aceptarlo. Ellos sencillamente habían cumplido con su deber al intentar rescatar vidas humanas y no comprendían cómo podían recompensarles por eso.

Luego hablaron mucho de Lily y –mientras ponía la mesa con el mantel de los días de fiesta– no pude evitar oír su conversación. Aún no tenían noticias acerca de la familia de la chiquilla, y volvieron a afirmar que el apellido Villiers no figuraba en la lista de los pasajeros. Estos señores ofrecieron ocuparse de la niña hasta que se aclarasen las cosas, pero abuelo David rogó encarecidamente que se la dejaran mientras tanto. Al ver ellos que estaba feliz con nosotros, consintieron gustosamente.

Después de esa larga consulta, el señor Foster expresó su deseo de visitar el faro, y mi abuelo, encantado, le llevó a la torre, enseñándole con orgullo todo cuanto podía verse. El señor Benson, algo cansado, optó por quedarse con Lily y conmigo.

–Este faro está sólidamente edificado –me dijo, cuando los demás se alejaron.

–¡Ya lo creo, señor! Pero es muy necesario, porque ¡el viento sopla aquí de modo horrible!

–¿Qué clase de cimientos tiene? –siguió preguntando el anciano, mientras golpeaba el suelo con su bastón.

–¡Oh, está edificado sobre la roca, señor! Nuestra casa, el faro entero está construido sobre la roca; de no ser así, no aguantarían la tempestad.

–Y tú, hijo mío, ¿estás también sobre la Roca? –preguntó el señor Benson, mirándome a través de sus gafas.

–¿Qué dice usted? –pregunté, pensando haber oído mal.

–¿Estás tú sobre la Roca? –volvió a preguntarme.

–¿Sobre la roca, señor? Oh sí –dije, creyendo que él no había comprendido lo que acababa de explicarle–. Aquí, todo está edificado sobre la roca, de otro modo el viento y las olas nos llevarían inevitablemente.

–Pero tú –insistió nuevamente–, ¿estás sobre la Roca?

–¡Por favor, señor! no sé lo que usted quiere decir.

–¿De veras? Entonces se lo preguntaré a tu abuelo en cuanto vuelva.

Opté por callarme, preguntándome lo que el anciano intentaba decirme y si acaso él había perdido la cabeza.

Tan pronto como abuelo David estuvo de vuelta, el señor Benson le hizo la misma pregunta. Mi abuelo le contestó del mismo modo que yo, asegurándole que tanto el faro como sus dependencias estaban sólidamente edificados sobre la piedra granítica.

—Y usted, ¿desde cuándo está sobre la Roca?

—¿Yo, señor? ¿Me pregunta usted cuánto tiempo llevo acá? Desde hace cerca de 40 años, señor Benson.

—¿Y cuánto tiempo piensa usted permanecer aquí?

—A la verdad, no lo sé —repuso mi abuelo—, hasta el fin de mi vida, supongo. Mi nieto Alejandro, este fuerte muchacho que usted ve conmigo, me sucederá pronto.

—¿Y, adónde se irá usted cuando abandone esta isla?

—Oh, yo no pienso dejarla nunca más; pienso morir aquí.

—Y entonces, ¿adónde irá usted después de la muerte?

—Pues, a la verdad, no lo sé, caballero —contestó mi abuelo un poco desorientado—. Supongo que al cielo, pero... ¡no hablemos más de eso! ¡Aún me quedan unos cuantos años...! —y se esforzó en reír. Pero era evidente que estaba molesto por el giro que tomaba la conversación.

—Permítame que le haga una última pregunta; ¿tendría usted la bondad de explicarme por qué piensa que irá al cielo, señor Morgan? ¿No le ofende mi pregunta?

—No señor, ¡en absoluto! Pues bien, no he robado, ni matado; nunca hice daño a mi prójimo; siempre he cumplido con mi deber. Por otra parte, Dios es misericordioso y espero que lo tendrá en cuenta.

—Mi querido amigo —repuso el anciano—, pensaba que usted me había dicho que estaba sobre la Roca; pero veo por desgracia que no está sobre la Roca, sino sobre la arena.

Iba a seguir hablando cuando un marinero del vapor vino corriendo para avisar que el barco estaba a punto de zarpar y que el capitán Sayers rogaba a los señores que embarcasen cuanto antes.

Se levantaron precipitadamente, nos apretaron afectuosamente la mano y bajaron hacia el muelle. Pero, al despedirse de mi abuelo, el señor Benson le dijo:

–Amigo mío, ¡usted edifica su vida espiritual sobre la arena! y lo que usted construye, por mucho que se esmere y se esfuerce, ¡no resistirá la tempestad! Se lo digo de todo corazón: ¡no resistirá!

No tuvo tiempo para añadir nada más, ya que el marinero le apremiaba. Acompañé a los visitantes al muelle donde permanecí hasta que el capitán hubo dado las últimas órdenes para la maniobra.

Pero, una vez que estos señores se hubieron embarcado, el barco retrasó su salida por unos minutos y vi al señor Benson sentarse sobre la cubierta, sacar un cuadernillo de su bolsillo y trazar rápidamente unos renglones. Luego, arrancó la página y la entregó a uno de los marineros para que me la diera. Poco después, el vapor surcaba las aguas esmeraldas del Atlántico, rumbo a las costas de Cornualles.

Una niebla densa

Aún conservo entre mis tesoros la hoja de papel que me fue entregada aquel día. Solo contiene unos cuantos renglones de una poesía; desde entonces, estos quedaron grabados en mi mente:

*Tenebroso
Mar undoso,
Vas surcando, pecador;
Y al presagio
Del naufragio

Se acrecienta tu temor.
Cristo es mi Redentor,
Mi fuerte protector
En él, mi Roca,
Está mi esperanza...*

Volví lentamente a casa leyendo estos versos. Abuelo David había salido con Tom Peters, de modo que no pude enseñarle el papelito en seguida; pero volví a leerlo muchas veces mientras jugaba con Lily, y me preguntaba lo que significarían esas palabras.

Abuelo David y Tom solían pasar la tarde en la pequeña habitación arriba del faro, de donde podían vigilar fácilmente las lámparas, eso independientemente del turno de cada cual. Yo también me había acostumbrado, mayormente en invierno, a ir allí con Lily hasta que fuese la hora de acostarla. Se divertía mucho al subir los peldaños de la escalera de caracol; hacía «¡hop, hop!» hasta que llegaba arriba, y luego entraba en la habitación soltando una risa que resonaba juntamente con el ruido de las olas.

Cuando llegué con ella aquella noche, abuelo David y Tom estaban hablando de la visita que habíamos tenido.

—Aún no logro entender lo que el anciano quiso decirme con eso de la roca, y ¡cuidado que insistía sobre el asunto! —decía mi abuelo—; yo no veo a dónde quería llegar, ¿y tú, Tom, lo sabes?

—Mira, abuelo —le dije tendiéndole la hoja de papel y contándole cómo me había llegado.

Abuelo David leyó los versos en voz alta y dijo:

–Bueno, Tom, ¿qué te parece? ¿qué significa esto? ¿Por qué me dijo: «No está usted sobre la roca, sino sobre la arena»? ¿Comprendes lo que quiso decirme?

–Sí –contestó Tom lentamente–, y me dio mucho que pensar. Sé muy bien lo que quiso decir.

–Pues ¿qué?

–Quiso decir que no podemos ir al cielo sin Cristo, el que dijo: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida, nadie viene al Padre sino por mí”. ¡Esto es lo que significa, David!

–¿Quieres decir que no podré ir al cielo aunque haya tenido una vida poco más que intachable?

–le preguntó mi abuelo.

–David, ya que me lo preguntas, debo decirte la verdad. Nada de cuanto hagamos nos puede salvar, aunque seamos sinceros. Todas nuestras obras están manchadas por el pecado: “No hay justo, ni aun uno” dice la Biblia. Y no hay más que un camino para ir al cielo, es Cristo, ¡lo sé, seguro!

–¡Pero, Tom, nunca te oí hablar así!

–No –contestó Peters transformado–, hice muy mal en no decírtelo. Es verdad que desde que llegué a esta isla, ya no reparé en esas cosas. Mi madre era una cristiana ejemplar que no dejaba de leer la Biblia y de cuidarnos según sus enseñanzas. Hubiera tenido que escucharla y evitar caer en errores...

Luego se calló, como si juzgara haber hablado demasiado, y permaneció silencioso por el resto de la velada.

Abuelo David tomó uno de los periódicos atrasados que le habían traído con el correo semanal y se puso a leer los titulares en voz alta:

–Escucha, Tom: Con el «Factory Act», recientemente votado en el Parlamento, el trabajo está limitado a diez horas diarias en las fábricas. Otro: Dicen que nuestra reina Victoria va a ser nombrada Emperatriz de la India...

Pero por más que se esforzara, era evidente que Tom Peters pensaba en otras cosas.

El día siguiente, último martes del mes, era el día libre para Tom Peters. Se turnaban él y abuelo David para ir a tierra; era la única vez que se les permitía abandonar la isla.

Cuando mi abuelo tenía el día libre, yo podía, a veces, acompañarlo, y este pequeño acontecimiento era un verdadero motivo de gozo para mí. Por lo demás, quienquiera que saliera, era un día señalado para todos, porque entonces hacíamos –o encargábamos– todas nuestras compras; ya sea para la casa, o para el huerto.

Fuimos pues, como de costumbre, a acompañar a tío Tom hasta el muelle y mientras yo le ayudaba a llevar los sacos vacíos a la lancha, me dijo:

–Alec, hijo mío, guarda cuidadosamente el papel que te dio el señor Benson. Todo lo que dijo es verdad, la pura verdad. He reflexionado mucho sobre este asunto desde anoche, y creo que ahora estoy sobre la Roca.

No dijo nada más; colocó sus remos, se aseguró de que no olvidaba cosa alguna y, al poco rato, salía de la cala. Mientras se alejaba, le oí cantar suavemente, cosa que me extrañó porque no solía hacerlo. Aún recuerdo las palabras:

Cristo es mi Redentor

Mi fuerte protector,

En él, mi Roca...

Lo demás se perdió por el leve ruido de las olas. Estuvimos mirando la lancha hasta que desapareció entre la niebla; luego volvimos a casa. Anhelábamos llegar al anochecer, cuando tío Tom nos traería todos los encargos.

La tarde estuvo muy oscura. Una espesa neblina iba extendiéndose sobre el mar. Poco a poco, nos envolvió hasta el punto que apenas podíamos ver a dos metros de distancia.

Lily empezó a toser, así que le prohibí salir y pasamos parte de la tarde distrayéndola con un libro con estampas. Tanta fue la oscuridad que mi abuelo tuvo que encender las lámparas del faro mucho antes que de costumbre. No recuerdo haber pasado una tarde tan triste; a medida que caía la noche, la niebla aumentaba con mayor intensidad.

Era inútil ir a ver si Tom Peters volvía, pues ni siquiera podíamos ver el mar; así que nos quedamos al calor de la lumbre. Abuelo David fumaba su pipa silenciosamente.

–Pensaba que Tom estaría de vuelta antes de la cena –dijo finalmente mientras yo preparaba la comida.

–Oh, seguramente estará por llegar –le dije–. Me pregunto si habrá podido comprar la pala nueva que le encargué.

Habíamos acabado de cenar cuando la puerta se abrió bruscamente. Pensamos que era Tom Peters; pero no, era su esposa. Preguntó al abuelo:

–Por favor, ¿me puede decir qué hora es? Mi reloj se ha parado.

–Son las siete y veinte –dijo mi abuelo David después de haber consultado su reloj de bolsillo.

–¡Las siete y veinte! ¡Pero ya es muy tarde! Tom tendría que haber llegado.

–Sí –dijo mi abuelo, intentando disimular su creciente preocupación–; puede ser que le hayan retenido en Falmouth, o tardó más que de costumbre en hacer sus compras; le había encargado varias cosas para el huerto... Y después de un silencio repuso:

–De todas maneras voy a ir hasta el muelle.

Volvió al cabo de un cuarto de hora, diciendo que era imposible distinguir cualquier cosa; la niebla estaba tan espesa que incluso era peligroso andar por el muelle, pues un paso en falso podía haberle precipitado al agua. También había subido a la torre para ver algo, sin éxito.

–Tenía que estar aquí antes de las nueve (hora reglamentaria para tomar su turno), así que ya no tardará.

Pero las manecillas del reloj giraban inexorablemente, y Tom no llegaba. A cada instante a María Peters le parecía oír un ruido; corría a la puerta esperando ver surgir a Tom de entre la niebla, pero en vano.

Sonaron las nueve, nueve y cuarto, nueve y media; a pesar de la creciente preocupación, Tom no aparecía.

–Hasta ahora, nunca le he visto faltar a su deber –observó el abuelo mientras se levantaba para otear nuevamente desde el muelle.

Quien espera, desespera

María Peters salió con mi abuelo; para no dejar a Lily sola, yo no me atreví a seguirlos. Permanecí cerca de la ventana, acechando el ruido de sus pasos para ir a su encuentro cuando volvieran. Pero el reloj dio las diez y, muerto de impaciencia, no pude esperar más. Lily se había dormido en mis brazos; la envolví en un mantón de lana y la llevé a casa de los Peters para confiarla a Ana, la mayor de las chicas. Luego corrí a través de la niebla para unirme con mi abuelo.

Le hallé al final del muelle, al lado de María Peters, a quien decía en el momento de mi llegada:

—¡Ánimo, María! No se preocupe, Tom sencillamente habrá esperado a que se disipe esa niebla. Vuelva a casa, le prometo que la avisaré tan pronto como oiga el ruido de sus remos. ¡Usted está mojada y puede resfriarse!

Efectivamente, su vestido estaba empapado y temblaba de frío, pero no se dejó convencer. Por fin, después de mucho rogarle y decirle que Lily estaba con sus hijas, consintió en volver a casa para cuidar de ellas, y el abuelo le prometió que me mandaría a avisarle tan pronto como Tom llegara.

Cuando se hubo marchado, abuelo David me dijo:

—Alec, algo ha tenido que pasarle a Tom; estoy seguro. Intenté tranquilizar a esa pobre señora, pero a la verdad estoy inquieto, muy inquieto; si tuviésemos aquí la lancha, iría en su busca.

Nos paseamos, pues, sobre el muelle, parándonos de vez en cuando por si oyésemos una voz o el ruido de los remos, porque no podríamos haber distinguido la lancha hasta que estuviese casi junto al muelle.

—¡Cuánto quisiera que llegara! —repetía constantemente abuelo David.

En cuanto a mí, recordaba aquella soleada mañana, cuando salió Tom Peters, y aún me parecía oírle cantar:

Cristo es mi Redentor,

Mi fuerte protector,

En él, mi Roca,

Está mi esperanza...

El tiempo iba pasando lentamente, los minutos parecían horas. ¿Acaso no llegaría tío Tom? Nuestra inquietud iba en continuo aumento.

Cada vez más inquieta, María Peters había mandado a Ana para preguntarnos si no oíamos algo.

–Aún no, hija mía –le contestó abuelo David–, pero no debe tardar.

–Mamá parece enferma –dijo Ana–; supongo que se ha resfriado, ¡titirita siempre y está muy agitada!

–Entonces, vuelve corriendo a casa y haz lo posible para que se acueste.

Una vez que se hubo alejado, oí que el abuelo murmuraba:

–¡Pobre mujer! Más vale, tal vez, que sea así...

–¿Qué quieres decir? –le pregunté.

–Nada más que esto: si ocurre una desgracia, ¡ojalá no suceda!, ella está algo preparada; y si Tom regresa sin contratiempo, tanto mejor; más se alegrará ella...

Pero el tiempo transcurrió sin que se disipara la niebla y sin que tuviéramos noticias de Tom. No tuvimos más remedio que volver a casa, pasando antes por la del vecino donde María Peters, vencida por la fiebre, había acabado por acostarse. Ana había cuidado de los pequeños y ahora estaba llorosa a la cabecera de su madre. Abuelo David le administró un calmante y la calentura bajó progresivamente.

–Gracias, señor Morgan –le dijo–, me siento mejor; pero ¿qué le habrá pasado a Tom?

–Tranquilícese, María; lo más probable es que se haya quedado en Falmouth, en casa de unos parientes, ¿no tenía allí unos primos?

–Sí, John Moore y su familia; son primos segundos.

–Pues bien, allá se habrá quedado a causa de la niebla. Mañana aparecerá por aquí. Tómese esta leche caliente y pierda cuidado. ¡Buenas noches!

A la mañana siguiente, fuimos temprano al muelle, tratando de distinguir algo a través de la niebla que iba disipándose lentamente.

–Abuelo, me parece oír una lancha...

Al principio abuelo David me contestó que no oía nada; pero pronto percibió lo mismo que yo, el ruido cadencioso de los remos.

–Sí, es una lancha –me dijo.

Quise salir corriendo en busca de la señora Peters, pero abuelo me retuvo.

–Espera un poco, Alec, primero hay que saber quién viene; puede ser que Tom no esté en esa lancha.

–¡Pero vienen hacia acá! ¡Mira ese bulto negro que se acerca por detrás de las rocas!

Sin embargo, abuelo David seguía sujetándome de la manga. Pasaron varios minutos hasta que la barca arrimara, pues cuando percibimos los primeros ruidos de los remos, aún estaba bastante alejada. Cuando estuvieron ya cerca, abuelo no pudo contenerse:

–¡He!, Tom... ¡Cuánto tardaste!

–¡Hola! –contestó una voz desde la lancha; pero ¡no era la voz de Tom!– ¿Por dónde puedo atracar? –volvió a preguntar la voz– se ve muy poco.

–Tío Tom no está –exclamé agarrando el brazo de mi abuelo.

–No, ya me figuraba que algo le había pasado.

Había tres hombres en la lancha, yo no conocía a ninguno. Aquel que nos había hablado, bajito, moreno, y con una gorra grasienta, salió primero y vino hacia mi abuelo.

–¿Sucedió alguna desgracia? –preguntó abuelo David sin dejar que el hombre hablara.

–Sí, el pobre Peters... –el hombre enmudeció de repente, como si algo le impedía continuar.

Al oírlo, me estremecí de los pies a la cabeza.

–¿Qué tiene? ¿un accidente? ¿está gravemente herido?

–¡Muerto! –dijo, como quien se alivia de una pesada carga.

–¡No es posible! –exclamó abuelo David con voz ahogada–; ¿cómo podré anunciar esa desgracia a la pobre María?

–¿Y cómo ocurrió? –pregunté tan pronto como volví a recuperar el uso del habla.

Los otros dos marineros habían desembarcado y se acercaban lentamente con la gorra en la mano. La niebla iba disipándose más y más, se oía el ruido monótono de las olas que venían a estrellarse en el fondo de la cala y el grito áspero de una gaviota que pasaba.

–Pues verán ustedes, Tom estaba ocupado en embarcar lo que había comprado, y cuando quiso meter un saco de harina, resbaló y cayó al agua...

–Sí –dijo otro marinero–, al caer debió de golpearse la cabeza contra uno de los postes del muelle y perder el conocimiento, porque no intentó nadar; y Tom era buen nadador. El viejo Joe Malcom le vio caer, y nos pidió socorro. Inmediatamente corrimos a ayudarlo, pero tuvimos mucha dificultad en localizarlo. Por fin, cuando pudimos rescatarlo ¡era demasiado tarde!

–Sí –continuó el último–, fui corriendo a llamar a Mister Reynolds, ¿le conocen ustedes? ¡el mejor médico de Falmouth! Intentó reanimarle durante más de media hora, pero todo fue inútil. ¡Pobre Tom! era un buen chico. Por la mañana estuvimos charlando y me dijo no sé qué de una Roca...

Paró de hablar y reinó un largo silencio, apenas interrumpido por los ruidos del mar. Todos mirábamos el suelo húmedo, acordándonos de Tom y pensando en la viuda y en los huérfanos.

–Habrá que avisar a su esposa –dijo el bajito marinero moreno.

–Sí –contestó abuelo David–, y ¿quién irá a decírselo?

Hubo otro silencio penoso. Los hombres se miraban unos a otros sin contestar. Por fin, el primero de ellos, quien conocía mejor al abuelo, le dijo:

–Mire David, creo que usted es el más indicado para comunicárselo. Ella le conoce a usted y le aprecia como si fuera su padre. Es más lógico que lo haga usted que un extraño. Le esperamos aquí.

–Pues bien –dijo abuelo David con un hondo suspiro–, ¡iré!

Y le vimos alejarse lentamente, muy lentamente, hacia la casita de los Peters. Me quedé atrás con los tres marineros. Estaba muy asustado; me parecía tener una horrible pesadilla y anhelaba ardentemente despertar y comprobar que no era más que un sueño.

Un cambio en el faro

La espera se nos hizo interminable; permanecíamos aturridos y silenciosos sin saber qué hacer e imaginándonos a la pobre María enferma y presa de desesperación: ¿qué haría? ¿cómo recibiría aquella tremenda noticia? Por fin, vimos surgir la silueta del abuelo y fuimos a su encuentro. Tenía los ojos enrojecidos y nos dijo con voz ronca:

—Ya está; lo sabe todo. Vayan a consolarla si quieren.

Fuimos hacia la casita, a paso lento. Nunca olvidaré aquella escena ni las impresiones que tuve en aquel momento.

María Peters estaba muy enferma; el golpe había sido demasiado fuerte para ella y, por si fuera poco, había agarrado un fuerte resfriado que la dejaba febril y exhausta. Como no era recomendable llevarla a tierra, los tres hombres volvieron a Falmouth en busca de un médico y de alguien que pudiera cuidarla. Volvieron al cabo de tres horas —la niebla se había disipado por completo— con el doctor Myers y Catalina Jones, la enfermera.

Yo me había ocupado de la pequeña Lily y de Jenny, quienes habían dormido juntas. Al verlas despertar, casi se me saltaron las lágrimas; ahora, ambas estaban huérfanas, lo que ni una ni otra podía entender.

Más tarde, cuando llegó la señora que iba a cuidar de María y de su casa, abuelo David y yo volvimos a nuestro hogar. Estábamos rendidos de cansancio; era como un dolor que se nos metía por todos los huesos, pero no hubiéramos podido dormir. Encendimos la lumbre y nos sentamos silenciosamente. Por fin, abuelo David me dijo:

—Alec, hijo mío, he visto muchas cosas en mi vida; pero este ha sido un golpe muy duro para mí. Yo hubiera podido estar allí; como sabes, había cambiado el turno con el pobre Tom. ¡Podría yo haberme ahogado en su lugar!

Tomé su mano entre las mías, apretándola silenciosamente.

—Sí —volvió a decirme—, podría haber sido yo, y ¿dónde estaría ahora?

Yo estaba demasiado emocionado para hablar, así que abuelo David siguió diciendo:

—Me pregunto dónde estará el pobre Tom ahora. Estuve pensando en eso todo el tiempo.

Entonces le conté lo que Tom Peters me había dicho antes de salir para Falmouth.

–¡Sobre la Roca! –exclamó–. ¿Ha dicho que estaba sobre la Roca? ¡Ojalá pudiera yo decir otro tanto, Alec!

–¿Y no podríamos estar nosotros también sobre esa Roca, abuelo?

–Eso quisiera yo, hijo mío. Empiezo a entender lo que significa. El anciano Benson me dijo: «Usted edifica sobre la arena y su obra no resistirá la tempestad...». Pues bien, anoche esas palabras resonaban de continuo en mis oídos. Pero, de veras, no sé cómo pudiera colocarme sobre la Roca...

Durante la semana siguiente, María Peters estuvo entre la vida y la muerte. Tenía una congestión pulmonar y, al principio, el médico tenía pocas esperanzas de que se salvara. Pero, por fin, la enferma reaccionó, se manifestó cierta mejoría, y el doctor Myers empezó a darnos esperanzas. Yo pasaba todo el tiempo con los niños, haciendo lo posible para distraerlos con juegos que no fuesen demasiado ruidosos, a fin de que no molestaran a la madre. No siempre era fácil, pero, a veces, un rayo de sol nos permitía jugar afuera.

Dos días después de recibir la noticia de ese luctuoso accidente, abuelo David y yo tuvimos que ausentarnos para ir a Falmouth, al entierro de Tom. No me lo dejaron ver para que no me impresionara; pero abuelo David pudo contemplarle por última vez, antes de que cerraran el ataúd. Había poca gente detrás del cortejo fúnebre. En el pequeño cementerio empezó a lloviznar cuando el pastor terminaba el servicio: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado... huye como la sombra y no permanece”. Las palabras que más me impresionaron fueron: “Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”.

Cuando al cabo de tres semanas se le quitó la fiebre a María Peters, la infeliz mujer estaba tan debilitada que aún pasaría largo tiempo antes de que se restableciera del todo y pudiera volver a sus acostumbradas labores.

Sin embargo, supimos que habían nombrado a otro señor para que ocupara el puesto de Tom; por lo tanto, la familia de este tuvo que abandonar la isla. Por suerte, María Peters tenía familia cercana en el País de Gales, allá por Pembroke; estaban dispuestos a recibirlos.

Aprovecharon un lunes, día en que llegaba el vapor del capitán Sayers, para marcharse. Ese día fue particularmente triste para nosotros; todos los chicos habían nacido en la isla, como yo, y habíamos vivido tantos años juntos que la despedida nos era verdaderamente dolorosa. ¡Quién

sabe las lágrimas que corrieron de una parte y de otra! Hasta Lily lloraba porque no quería separarse de Jenny. Pero no hubo más remedio; uno por uno los bultos y maletas se amontonaron en la cubierta del vapor; todos subieron a bordo y el capitán mandó tocar la sirena. Nos quedamos largo tiempo en la punta del muelle, agitando nuestros pañuelos y secándonos de vez en cuando las lágrimas, hasta que el barco hubo desaparecido en el horizonte.

¡La isla nunca nos pareció tan solitaria y vacía como desde aquel entonces! De no haber tenido a nuestro «rayo de sol», como la llamaba abuelo David, no sé lo que hubiera sido de nosotros. Cada día la queríamos más, y nuestro mayor temor era que, alguno que otro lunes, nos llegase una carta anunciándonos que Lily tenía que marcharse.

–Hijo mío –me decía a menudo el abuelo–, aquel día memorable del naufragio, ¡cuán poco nos imaginábamos que ese extraño paquete que nos lanzaron encerraba semejante tesoro!

La niña crecía; el aire del mar le sentaba muy bien y, de día en día, se volvía más guapa y más lista.

Nos moríamos de curiosidad por saber quién había sido designado para reemplazar a Tom Peters; pero, ni siquiera pudimos conocer su apellido de antemano. Al lunes siguiente, el capitán Sayers nos comunicó todo lo que sabía. Al parecer, era un hombre alto y fuerte, que no era de la región. Más, no podía decir.

–Tal vez sea un galés, o un escocés, o alguien de la costa oriental, ¡vaya a saber! –me dijo mi abuelo.

En cuanto a los albañiles que vinieron para mejorar las condiciones de la casa de Tom (sentía que siempre la llamaríamos así, viniera quien viniese), se mostraron muy reservados y poco comunicativos en lo referente al nuevo torrero; así que, al cabo de un rato, optamos por no hacerles más preguntas.

Sin embargo, nuestro bienestar dependía mucho del futuro vecino; abuelo David y él estarían juntos de continuo y en la isla no había nadie más a quien hablar.

Abuelo David quería brindar una amistosa bienvenida al sucesor de Tom y hacer que su estancia en la isla le resultase agradable. Por lo tanto, después que la familia Peters se hubo marchado, pasamos varias tardes cavando y arreglando el huerto que nuestro ex vecino Tom había dejado tantos años sin cultivar.

–Me gustaría saber de cuántos miembros se compone esa familia –dije mientras trabajábamos en el huerto–. Tal vez tengan algún chico de mi edad.

–Comprendo que te gustaría, Alec. Pero quizás el hombre estará solo. Cuando yo llegué aquí, era joven y aún no me había casado. Pronto saldremos de dudas, ya que llegará el próximo lunes, Dios mediante.

–Es extraño que no haya venido antes para ver la isla y la casa, y hacer arreglos. Me pregunto qué pensará de este sitio.

–Lo más probable es que se sienta un poco desorientado al principio –contestó mi abuelo–, pero lo recibiremos lo mejor que podamos. Le prepararás un buen desayuno, Alec, y habrá que poner suficiente comida para su esposa e hijos, si es que los tiene: té caliente, pan tostado, mantequilla, salchichas fritas y todo lo que quieras añadir. Con toda seguridad se refocilarán con esta comida después de la travesía.

Pusimos mucho cuidado, pues, en todos esos preparativos y estuvimos esperando, con cierta ansiedad, la llegada de nuestro nuevo compañero y de su familia.

Un nuevo vecino

El lunes por la mañana fuimos temprano, como de costumbre, a esperar el vapor del capitán Sayers. Me parece que tenía un nombre que empieza con una «C»... a ver, «Car...», ah sí, «Carnavon 4»; pero todos lo llamábamos «el vapor».

A la verdad, estábamos impacientes por saber quiénes, por fin, serían nuestros nuevos vecinos. Habíamos preparado el mejor desayuno que estuviera a nuestro alcance hacer para cuatro o cinco personas; de nuestro jardín había cortado un hermoso ramo de dalias para alegrar la mesa.

Por fin apareció el «Carnavon 4» tras tocar tres veces la sirena, y vimos sobre la cubierta un hombre que hablaba animadamente con el capitán; nos figuramos inmediatamente que se trataba de nuestro futuro compañero.

—No veo ninguna mujer —dijo el abuelo, tras fijarse un rato.

—Ni tampoco niños —añadí, mientras levantaba a Lily en mis brazos para que pudiera ver el barco.

—¡Tuf, tuf, tuf! —hizo ella queriendo imitar el ruido del vapor; luego soltó una risa cristalina y hasta contagiosa.

Tan pronto como el vapor hubo atracado, nos acercamos para saludar al capitán Sayers y al forastero.

—Permítame que le presente su nuevo compañero, señor Morgan —dijo el capitán—. ¿Quiere usted mostrarle el camino a su casa mientras mando desembarcar sus cosas?

—¡Bienvenido a nuestra isla! —dijo abuelo David apretando la mano del recién llegado.

Era un hombre alto y fuerte, cuya piel estaba curtida por el sol.

—¡Gracias! —dijo el hombre mirándome con insistencia—, da gusto ser recibido tan amablemente.

—Este es mi nieto Alec —dijo el abuelo al colocar su mano sobre mi hombro.

—Su nieto —repitió el hombre, mientras seguía mirándome de modo extraño—; ¡su nieto, vaya!

—Venga ahora —dijo abuelo David—, usted debe desayunar; el té está dispuesto y nos alegraremos recibirle en casa, créame.

Mientras subíamos lentamente hacia la casa, el hombre permanecía más bien silencioso; solo contestaba con «sí» o «no» a las diversas preguntas u observaciones del abuelo. El hombre parecía emocionado, miraba a su alrededor. Me pareció ver asomar una lágrima en sus ojos; pero debía de equivocarme porque no veía motivo para que llorara. Poco sospechaba los sentimientos que luchaban en su corazón.

—A propósito —dijo mi abuelo, volviéndose de repente hacia él—, ¿cuál es su nombre? Aún no lo sabemos...

El hombre no contestó, por lo que el abuelo, mirándole con extrañeza, prosiguió:

—¿No tiene usted nombre? ¿o tiene usted algún reparo en que lo sepamos?

El recién llegado ya no pudo contenerse:

—¡Padre! —exclamó abrazando a mi abuelo—, ¿no reconoces a tu propio hijo?

—¡Pedro! ¡Es mi hijo Pedro! ¡Alec! Mira, Alec, ¡es tu padre!

Quebrantado por la emoción, el abuelo empezó a sollozar como un niño, mientras mi padre le sostenía firmemente con un brazo, a la vez que colocaba su otra mano sobre mi hombro y me apretaba contra él.

—No quise que os dijeran mi nombre —explicó—; les hice prometer a todos que me dejarían hacerlo personalmente. Cuando llegué al país, supe que el puesto estaba vacante y lo solicité inmediatamente a la Administración Marítima. Padre, cuando supieron que era tu hijo, me lo concedieron en seguida.

—Pero, ¿dónde estuviste tanto tiempo, Pedro? y ¿por qué nos dejaste sin noticias?

—Eso es una historia muy larga —dijo mi padre; —vayamos primero a casa y luego os lo contaré todo.

Empecé a servir el desayuno, mi padre no alejada su mirada de mí.

—¡Cómo se parece a ella! —exclamó con voz ahogada por la emoción.

Comprendí evidentemente que hablaba de mi madre.

—¿Cómo te enteraste de la muerte de nuestra querida Alicia? —preguntó mi abuelo.

—Por mera casualidad; en el barco que me trajo a Europa, había un marinero de Falmouth a quien reconocí por su acento, un tal Joe, «el Albatros» como lo llaman; él me lo contó todo. Fue un rudo golpe, como podéis imaginar... ¡Tenía tanta ilusión de volver a verla!

Abuelo David le refirió entonces todo lo concerniente a mi madre. Cómo mes tras mes, ella le había esperado sin recibir la menor noticia, aparte de aquella primera y única carta; cómo pasaron no solo los meses, sino los años, cómo ella languideció, se debilitó progresivamente y cómo, a pesar de todos sus esfuerzos, se murió de dolor...

Cada vez que el abuelo hacía una pausa en su relato, quebrantado por la emoción, mi padre le rogaba que siguiera. Así pasaron las horas, sin darnos cuenta. Casi se nos había olvidado sacar los víveres y los bultos —un baúl y dos maletas— que el capitán Sayers había hecho desembarcar en el muelle y que corrían el peligro de mojarse pues el mar iba encrespándose. El arreglo de la casa vecina nos llevó parte de la tarde; convenimos que mi padre comería con nosotros pero se iría a dormir en la otra casa, porque nos faltaba espacio. Además, estaba a dos pasos. Luego, hubo que atender la cena y el faro. Ya era de noche y estábamos velando en nuestro observatorio cuando mi padre pudo, por fin, empezar su propia historia.

De Falmouth, mi padre Pedro Morgan había ido a Southampton donde había conseguido una buena colocación en un hermoso vapor que hacía la ruta de Extremo Oriente. El viaje era largo —unos seis meses entre ida y vuelta— y no exento de peligros. Pero era bien retribuido; además, eso le permitía ver mucho del mundo. Mi padre nos contó cómo capearon un terrible temporal en el golfo de Vizcaya; la gracia que le hizo ver los monos en Gibraltar, el paso del Canal de Suez, abierto unos cinco años antes y donde el barco parecía surcar un mar de arena, el calor sofocante del Mar Rojo, Aden, la India...

Mi padre no paraba de contarnos detalles, cada vez más interesantes acerca de su largo recorrido por el misterioso Oriente. Mientras le escuchaba boquiabierto, crecía mi honda admiración por él. En Ceylán, de donde venía aquel té tan oloroso, estuvo a punto de ser mordido por una serpiente venenosa; en Singapur, cayó enfermo de fiebre maligna. Lo peor les aconteció mientras iban a Hong-Kong: un tifón se desencadenó en el Mar de China, arrastró al vapor y lo hizo zozobrar no lejos de la costa. Asidos a unos tablones, mi padre y otros cuatro compañeros lograron llegar a una playa donde, al día siguiente, fueron capturados por los chinos y echados en un horrible barracón.

Conviene recordar que en aquel entonces, salvo contadísimas excepciones, la entrada a China era rigurosamente prohibida. Durante varios días, mi padre y sus compañeros temieron por sus vidas. Luego los llevaron en un largo y agotador viaje hasta una ciudad del interior, llamada Fu-Tsien, donde pasaron más de un año en una inmundada cárcel. Más tarde los sacaron de allí para cuidar una finca de un mandarín; allá los trataron mejor pero no pudieron escapar por estar vigilados día y noche. Finalmente, al cabo de nueve años, les dijeron que serían devueltos a una ciudad de la costa llamada Cantón. Desde allí embarcaron en un vapor con rumbo a Inglaterra. Les explicaron que después de una expedición militar europea, los chinos se habían visto obligados a firmar la paz y a devolver a todos los prisioneros europeos que conservaban en su poder.

–Pedro, hijo mío –dijo abuelo David antes de ir a descansar–, ¡es un verdadero milagro verte otra vez aquí entre nosotros!

Sobre la roca

Unos quince días después de la llegada de mi padre, tuvimos la sorpresa de recibir otra visita del señor Benson. Venía a informarnos que su yerno había recibido una carta acerca de la chiquilla que habíamos recogido tras el naufragio del «Victory».

Fue lo que me contó después de saludarnos en el muelle, y mientras íbamos a casa, yo estaba ansioso por conocer el contenido de la carta. Lily correteaba a mi lado, iba tomada de mi mano; a decir verdad, no me cabía en la imaginación que ella pudiese sernos arrebatada pronto.

—¡Vaya! ¡El señor Benson! —dijo mi abuelo, levantándose para saludarlo.

—El mismo —contestó—. Tal vez usted se imagina cuál es el motivo de mi visita.

—Espero que no sea para arrebatarnos a nuestro «rayo de sol» —dijo abuelo tomando en sus brazos a la pequeña Lily—. ¿Usted no se la llevará, verdad?

—Aguarde un momento —contestó el anciano sentándose y sacando una carta de su bolsillo; primero lea esto, y luego me dirá qué le parece.

Y abuelo empezó a leer lo siguiente:

Muy señor mío:

Usted no puede imaginar la alegría que nos causó, a mi esposa y a mí, su carta que recibimos hace una hora. Nos habíamos enterado del naufragio del «Victory» y llorábamos la pérdida de nuestra hija; es más, al enterarnos del desastre, mi esposa cayó gravemente enferma y hasta fue en peligro su vida.

Llegado a este punto, abuelo David tuvo que hacer una pausa, nos miró a todos con ojos brillantes; luego prosiguió su lectura:

Tomaremos el próximo barco que sale para Inglaterra, a fin de reunirnos cuanto antes con nuestra querida hija. Ya estaríamos de camino si mi esposa hubiera estado lo suficientemente restablecida para soportar la travesía. ¡De antemano, nuestro más cordial agradecimiento a esos valientes que salvaron a nuestra Lily! Espero que podamos expresarles pronto nuestro hondo reconocimiento.

Nuestra hija había sido confiada a unos amigos para que cuidasen de ella durante el viaje hasta que volviésemos. Queríamos que saliese de la India antes del verano, y aún me faltaban dos meses para volver a Inglaterra. Por eso no figuraba el apellido Villiers en la lista de pasajeros.

Agradeciéndole de todo corazón todas las molestias que tuvo para informarnos que nuestra hija estaba viva, le saluda muy atentamente Eduardo Villiers.

–Bueno –dijo el anciano sonriendo, aunque una lágrima asomaba en sus ojos–, ¿se negarán ustedes a devolverla a sus padres?

–¿Cómo puede usted decir esas cosas? –suspiró abuelo David–. ¡Pobre gente! ¡Cuántas penas habrán pasado! ¡Y ahora, parecen tan felices!

–Lily –dije, poniendo a la chiquilla en mis rodillas–, ¿sabes que pronto vendrán a verte? ¡Tu mamá va a venir para ver a su pequeña Lily!

La niña me miró con atención; la palabra «mamá» le recordaba evidentemente muchas cosas. Se quedó pensativa por unos instantes, luego repitió bajito:

–¡Mamá va a venir para ver a su pequeña Lily!

–¡Qué encanto de chiquilla! –exclamó el señor Benson, acariciándole su rizada cabeza–, parece que lo comprende todo.

Me puse entonces a preparar el té, y mientras nuestro visitante saboreaba la humeante taza, me preguntó si había leído el papel que me mandó por medio del marinero.

–Sí –contestó abuelo David–, sí que lo hemos leído.

Y empezó a contar la conversación que habíamos tenido a ese respecto con Tom Peters, y lo que este me había contado la mañana misma en que le vi por última vez.

—Ahora —dijo el abuelo dirigiéndose al anciano, quisiera que usted me diga cómo puede uno estar sobre la Roca, porque aún estoy sobre la arena, y esto no deja de inquietarme. La última vez que usted vino, me dijo que de permanecer así, no resistiría la tempestad...

—Es verdad, amigo Morgan; sería una tremenda desgracia estar sobre un fundamento tan poco estable como la arena cuando venga el terrible huracán.

—Sí, señor, lo noto. Estoy a menudo despierto por la noche —a nuestra edad ya no se duerme mucho— y pienso en ello cuando oigo cómo ruge fuera el viento del Atlántico y escucho el cañonazo de las olas que estrellan contra el acantilado. Pienso entonces en un Salmo que siempre me impresionó de joven; habla de los que bajan al mar en navíos, los cuales durante la tempestad parecen que “suben a los cielos” y “descienden a los abismos”, y cuyas almas “se derriten con el mal”...

Luego, como si la mirada atenta y bondadosa del anciano le inspirara particular confianza, abuelo David prosiguió:

—Mire usted, señor Benson, ¡no estaría muy seguro el día del juicio! De joven, uno se ríe de estas cosas, o lo deja para más tarde; uno piensa que son cosas de beatos o de los pastores; pero la realidad es otra. Por cierto, no he robado ni matado a nadie; mas siento que esto no me basta.

—Si usted estuviera sobre la Roca, no tendría el menor temor. Todos los que han acudido a Cristo —el Cristo vivo de las Escrituras— y descansan sobre él, están perfectamente resguardados del juicio; lo mismo que cuando ruge la tempestad allá afuera, usted está seguro aquí en esta casa.

—Lo veo más claro ahora; pero aún no entiendo muy bien lo que usted quiere decir con «estar sobre la Roca».

—Amigo Morgan, ¿qué haría usted si su casa estuviese levantada sobre la arena, a orillas del mar, y si supiera que la próxima galerna la destruiría inevitablemente?

—¿Qué haría? ¡Muy sencillo!: la desmontaría y la volvería a edificar sobre unas rocas!

—¡Eso es! —dijo el señor Benson, con una amplia sonrisa—. Hasta ahora la esperanza de su salvación descansaba sobre sus «buenas obras», sobre su vida recta y honesta, sobre sus buenos propósitos; en una palabra, sobre la arena, ¿no es así?

—Sí, ¡es verdad! —tuvo que confesar el abuelo, tras un momento de reflexión.

En esto, mi padre que había llegado hacía unos instantes, se permitió intervenir en la conversación:

–Pero señor Benson, ¿cómo se atreve usted a decir que las buenas obras y una vida recta y honesta no sirven para nada?

El anciano se quedó sorprendido por un momento, luego contestó:

–En efecto, de nada valen para salvarnos; y la Palabra de Dios, por boca del profeta Isaías, dice muy claramente que cuanto hagamos con este fin es como “trapo de inmundicia” ante los ojos de Dios.

El asombro se pintaba en nuestra caras.

–¿Y cómo puede ser eso? –volvió a preguntar mi padre.

–Es muy sencillo. Desde la rebelión y caída de Adán el pecado ha manchado todo cuanto hemos hecho y pensado; lo afirma la Palabra de Dios; mírenlo aquí –dijo mientras sacaba un libro del bolsillo interior de su chaqueta–: “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?”. Eso está en Jeremías 13, versículo 23. Y en el Nuevo Testamento, escuchen lo que dice Dios por boca del apóstol Pablo: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno... para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios...”. “Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios...” (epístola a los Romanos, capítulo 3).

–Entonces, ¿quién puede salvarse?

–¿Salvarse? ¡Nadie! Ninguno de nosotros puede salvarse por sus propios esfuerzos. Es como alguien que ha sido atrapado en las arenas movedizas y que intenta vanamente salir de ellas, cuanto más se mueva, más se hunde...

–Pero pueden rescatarle lanzándole una cuerda desde un lugar seguro –intervino mi abuelo.

–Exactamente –dijo el señor Beson–. Es lo que hace Cristo. Él vino “para buscar y para salvar lo que se había perdido”. Volviendo al ejemplo de su casa sobre la arena, debe usted echarla abajo. Debe usted decirse: «David Morgan, eres un hombre perdido si sigues en esa condición espiritual; tu esperanza de salvación solo descansa sobre lo movedizo, sobre la arena». Luego, funde

su esperanza sobre algo mejor; sobre lo único que resistirá la tempestad: la Roca que es Cristo. Es el único camino para ir al cielo; él mismo lo dijo a sus apóstoles: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (evangelio según Juan, capítulo 14, versículo 6). Cristo murió en nuestro lugar, sufrió el vituperio de la cruz para que nosotros –pecadores sin esperanza– ya no tuviésemos que padecer la paga del pecado, que es la muerte, y para que así gozásemos de perdón, paz y vida eterna. Pero, para recibir ese don de Dios que es la salvación, hace falta alargar la mano de la fe. Esto es lo que significa «edificar sobre la Roca».

–Ahora entiendo, Señor Benson.

–Hágalo, amigo Morgan; confíe en que Cristo es plenamente suficiente para todas nuestras necesidades espirituales, así su esperanza estará firme y segura. Entonces, en cuanto se desencadene el último huracán –el más terrible– ya no le alcanzará, usted estará perfectamente a salvo como lo que está aquí en este faro mientras ruge la tempestad. Nada tendrá que temer por cuanto estará sobre la Roca incommovible.

No podría reproducir todo cuanto se dijo aquella mañana, pero me acuerdo de que, antes de marcharse, el anciano se arrodilló con nosotros y oró fervientemente para que cada uno de nosotros aceptara a Cristo como a su único y perfecto Salvador (sí, esa es la expresión que empleó: «único y perfecto Salvador»), y que así estuviésemos seguros sobre la Roca.

Luego se fue en el vapor que le estaba esperando.

Aquella misma noche, cuando abuelo David iba a darme un beso antes de acostarse, me dijo:

–Alec, hijo mío, no descansaré esta noche antes de poder decir como nuestro querido Tom:

Cristo es mi Redentor,

Mi fuerte protector;

En él, mi Roca,

Está mi esperanza...

Y sé que mi abuelo cumplió su promesa.

Se va el rayo de sol

Aquel lunes por la mañana, el tiempo estaba tan frío y húmedo que no quisimos dejar salir a nuestra pequeña Lily. Me quedé con ella en casa, jugando a la pelota, mientras mi padre y mi abuelo, con sus gorras, impermeables y botas de goma, iban a esperar la llegada del «Carnavon 4», que llevaba algún retraso sobre su habitual horario.

¡Qué graciosa estaba la chiquilla aquella mañana! Llevaba un vestido azul claro que le hizo María Peters antes de marcharse y un delantal blanco y muy limpio que le sentaba a las mil maravillas.

Corría detrás de la pelota dando ligeros gritos de alegría cuando, de repente, la puerta se abrió y mi padre entró corriendo.

–¡Alec! –me dijo– ¡han llegado!

–¿Quiénes?

–¡Los padres de Lily! Vienen con tu abuelo.

Apenas había terminado de hablar, cuando efectivamente entraron los tres. La señora, visiblemente emocionada, se precipitó hacia la chiquilla y la tomó en sus brazos apretándola fuertemente contra su corazón. Al cabo de un rato se sentó, la puso en sus rodillas acariciándola y hablándole tiernamente para comprobar ansiosamente si la chica se acordaba de ella.

Al principio Lily, bastante asustada, inclinó su cabeza y no quiso mirar a la madre. Pero solo fue por unos instantes; cuando su mamá empezó a hablar reconoció evidentemente su voz. La señora de Villiers le preguntó con los ojos llenos de lágrimas:

–¿Me reconoces, Lily? ¿Sabes quién soy?

La niña levantó sus ojos, sonrió tiernamente y dijo:

–¡Mamá! ¡La mamá de Lily!

Y, con su mano regordeta acarició suavemente la cara de su madre. Viendo tan conmovedor cuadro, ya no podía echar de menos la marcha de la chiquilla. Pero, aunque no lo quería confesar, sentía algo de celos.

Pasamos un día muy feliz. Los señores Villiers fueron muy amables con nosotros y se mostraron sumamente agradecidos por todo lo que habíamos hecho por su hija. Les tuvimos que contar las circunstancias del naufragio del «Victory» y el abuelo se puso colorado cuando le llamaron «valiente y esforzado», por más que quiso atribuir todo el mérito a Tom. Los padres de Lily también estaban muy contentos por haber encontrado a su hija con tan buenos colores y excelente salud, ya que antes de salir de la India estaba muy decaída. Había crecido y el aire del mar, recio y vivificante, le sentaba de maravillas. La señora de Villiers no dejaba de contemplar a la niña; la seguía por doquier. Nunca me olvidaré de la felicidad de aquellos padres.

Pero todas las cosas tienen un fin e incluso parece que los días felices se acaban antes que los demás. ¿Por qué será así? Antes de que finalizara la tarde, llegó un barco para recoger a la familia Villiers.

—¡Cariño! —dijo abuelo David sentando a la chiquilla en sus rodillas—, ¡nunca me costó tanto esfuerzo separarme de alguien! ¡La llamábamos nuestro «rayo de sol», señor Villiers, y ahora se nos marcha! ¡Qué vacío más grande va a dejar!

—¿Y qué dirá usted cuando se entere de que le voy a robar a otra persona? —dijo el señor Villiers sonriendo.

—¡Robarme aún más! —exclamó el abuelo.

—Sí —dijo el padre de Lily, colocando su mano sobre mi hombro. Quisiera llevarme también a su nieto. Óigame, ¿no es una verdadera lástima que un chico tan listo pierda su tiempo en esta isla sin que tenga una instrucción adecuada? Deje que venga con nosotros; le pondré en un pensionado muy bueno durante tres o cuatro años y luego él mismo podrá escoger la carrera que más le guste. Sé que le pido un gran sacrificio. Pero tratándose del bien del chico, ¿no se resuelve a aceptarlo?

—Es muy amable de su parte, caballero... a la verdad no sé qué decirle. Tal vez sería una buena cosa para Alec; sin embargo, nunca se ha separado de mí y siempre pensé que ocuparía mi puesto cuando yo fuera demasiado viejo para hacer el trabajo.

—Es verdad, intervino mi padre; pero ahora que estoy de vuelta, soy yo quien te reemplazaré, padre; y si el señor Villiers tiene la bondad de encargarse de la instrucción de Alec, debemos estar sumamente agradecidos.

Parecía como si el abuelo estuviera meditando por unos instantes; luego dijo:

–Tienes razón Pedro, hijo mío; tienes razón. No debemos ser egoístas. Pero, usted le dejará volver aquí de vez en cuando, ¿verdad, señor Villiers?

–¡Por supuesto! Pasará todas sus vacaciones aquí, y les contará cómo le va en su nueva vida de colegial.

Luego, dirigiéndose bondadosamente hacia mí, me preguntó:

–Y a ti Alec, ¿qué te parece? Existe un excelente pensionado en Exeter, donde vamos a vivir, de modo que estarás cerca de nosotros. Podrás pasar todas tus tardes libres en casa, y por cierto, los días festivos también; así podrás comprobar que esta chiquilla no se olvida de lo que le enseñaste. ¿Qué te parece?

Esta perspectiva me gustaba mucho, y les dije que estaba muy agradecido; mi padre y mi abuelo añadieron que nunca podrían mostrar suficiente gratitud por tanta bondad.

–¡Qué va! –exclamó el padre de Lily–, soy yo quien debe agradecersele; nunca podré devolver lo que hicieron por mí, arriesgando sus vidas... Además, tengo que pedirles la dirección de esa viuda cuyo marido los acompañó en tan peligroso rescate y quien cuidó a nuestra pequeña. Le escribiremos en seguida, porque no somos ingratos. Entonces, quedamos así, ustedes me confían a Alec.

–Sí, señor –dijo el abuelo–, pero déjenoslo por algún tiempo aún; la separación sería demasiado brusca ahora.

–Lo comprendo; todavía le faltan unos meses para ingresar en el colegio.

Así, despidiéndome de Lily, conservaba la firme esperanza de volver a verla pronto. En realidad se llamaba Isabel; pero para mí, siempre sería Lily, mi pequeña Lily.

Difícilmente puedo expresar las impresiones que sentí durante los meses que siguieron. Una vida nueva se abría ante mí y dicha perspectiva estaba en el centro de todos mis pensamientos.

Cada noche, reunidos los tres en nuestro «observatorio», allá en lo alto del faro, hablábamos de mi porvenir; durante el día, iba recorriendo los rincones familiares de nuestra isla, recordando las horas felices que había pasado allí con los chiquillos de Tom y con mi pequeña Lily. Pensaba que pronto tendría que dejarlo todo, hasta el faro con sus luces familiares: blanca, azul, roja y verde, para emprender una vida completamente distinta.

Desde la última visita del señor Benson, un gran cambio se había verificado en nuestra casa. Habíamos bajado de la estantería la gran Biblia encuadernada en piel, le habíamos quitado la capa de polvo que la cubría, y ahora la leíamos a diario. Hasta mi padre, que en un principio se mostraba reacio, escuchaba ahora con interés la porción que abuelo David nos leía en alta voz cada mañana antes del desayuno y cada noche antes de acostarnos. Aún no comprendo cómo habíamos podido despreciar tanto tiempo lo que es verdaderamente la Palabra de Dios, “viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos;... discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”. El domingo ya no era un día cualquiera, sino apartado para el Señor, en la medida que nos era posible hacerlo en medio del océano.

Y sobre todo, se veía que mi abuelo era realmente un hombre distinto; un hombre nuevo para quien las cosas viejas habían pasado y todas las cosas eran hechas nuevas. Lo quería cada vez más y cada día me costaba más tener que separarme de él.

–Nunca te hubiera dejado, abuelo –le dije un día– si papá no hubiese vuelto.

–No, hijo mío, tampoco creo que hubiera podido vivir sin ti; pero tu padre volvió en el momento preciso, ¿verdad, Pedro?

Por fin llegó el día de mi partida. Mi padre y mi abuelo me acompañaron hasta el muelle para verme subir en el vapor y recomendarme al cuidado del capitán Sayers.

Las últimas palabras que mi abuelo me dirigió fueron:

–Alec, hijo mío, ¡manténte sobre la Roca! ¡Manténte firmemente sobre la Roca, y no la dejes!

Gracias a Dios, nunca me olvidé de las palabras de mi abuelo.